Todos Sus nombres

–¿Qué te va? – preguntó, el individuo. Miró al horizonte, las luces magnánimas de la ciudad alumbraban con asombro sus ojos, particularmente por su astigmatismo, cualquier paisaje a luces es una belleza cuando se tiene astigmatismo.

–Lo siento, no estoy interesado en ese tipo de cosas. – Fue la respuesta amarilla que recibió nuestro primer individuo, no hubo descontento nuevo en la mirada del primer individuo, al contrario, parecía que siempre hubo descontento en su mirada, acaba de pagar la entrada, la hora ya tendía a la media noche, el frío, aunque no letal, no fue la mejor compañía que uno podría pedir.

–En realidad, yo tampoco, luces bien – respuesta azul, miró de nuevo al horizonte, quizá porque los paisajes jamás son los mismos en estos casos, los coches cambian de posición, y de nuevo aquella llamada *imperfección*, le volvió a asombrar la mente, era como poder entrar a los efectos de los psicodélicos.

–Entonces, podríamos contarnos un poco del otro, por cierto, ¿qué haces por aquí tan noche? – finalmente llegó el transporte rojizo que esperaba aquella persona, la puerta se abrió de la misma forma que, seguramente, lo habrá hecho por muchas ocasiones antes, un timbre comenzó a vibrar anunciando el pronto cierra de la misma puerta, las luces rojas que también anunciaban, para no discriminar, para incluir, a los que, no teniendo oído dependen de la mirada, que el cierre de las puertas iba a ocurrir en cinco segundos, un mensaje cuestionable, pues el mensaje es estático, durante esos cinco segundos, se enciende y avisa erróneamente al menos durante cuatro segundos, una esperanza al pobre pasajero que desconozca la falsedad del asunto, esto, claro, contando con que en verdad sean cinco segundos, probablemente ni siquiera sea cierta la premisa, que, con muy buenas intenciones, ha sido puesta para alertar, no a este individuo, sino, al individuo, dígase como en álgebra, una variable que puede tomar muchos valores, pero nos los puede tomar a la vez, discretamente, pero no concurrentemente, es importante esta precisión sobre la imprecisión de esa variable, no la llame usted x, sino, individuo. El individuo (no un individuo), se posó ante la puerta, lo dudó, *¿para que llegar a casa?*, como cuando uno quiere comenzar una conversación con lo que descaradamente tiene una imagen de un humano que necesitaba el dinero y posó, vaya a saber usted o yo, cuantas veces, en una burbuja a la esquina, usualmente la derecha, la izquierda, pero siempre inferior, jamás superior, regla seguramente escrita, dada de lo que los diseñadores llaman la experiencia de usuario, o como bien prefieren decirlo porque la pronunciación es mucho más agradable (a juicio de unos) en inglés: *el user experience*, incluso, más allá de la no convencional, pero convencional por los que no son legos en la materia, el *UX,* una de tantas siglas, que, poco útiles, como el millar que existen más, superpuestas esperanzadas con que el contexto les brinde el significado, e incluso, bajo la ya conocida grafía de la X, como Experiencia, opacando totalmente el pobre trabajo, varias veces mirado de soslayo, de la vocal E, retomando pues, la analogía, comenzó el individuo (de nuevo, no un individuo, como instanciación y no como clase), una conversación esperando a que le atendiera el interlocutor de su mente, un robot conversador (de la misma forma de los enaltecidos y autoproclamados expertos y no expertos en materia, un *chat-bot*) al que le llamamos consciencia, o quizá sentido común, esto si uno no considera lo que Damásio llama *El error de descartes*, y pretendemos que la separación entre la mente y el cuerpo existe, así pues se contestó: *¿Para qué llegar tarde?*, por lo que procedió, más en contra que en su voluntad, de dar el primer paso hacia la que, algunos pensarían, hostil zona, pisó pues la zona amarilla que indicaba que pararse ahí, no precisamente era un peligro, pero tampoco aconsejable, como esas reglas preestablecidas y bien puestas a buen juicio del humano, que el amarillo implica una precaución, claro, que, lamentablemente este sí discrimina, a los daltónicos, pero no tenemos un mundo perfecto, tenemos un mundo, y siendo honestos, eso es muy pretencioso de nuestra parte, seamos honestos, el mundo nos tiene a nosotros, pero aceptar nuestra infimidad (palabra que por alguna razón no se encuentra, por lo menos hoy, no sé si ayer, o si mañana [como el destino mismo], en los diccionarios) no es algo, necesariamente malo, palabras que algunos podrán encontrar como ejemplo si buscan Resignación en el susodicho libro, a veces no queda otra que resignarse, resignarse ante el hado, el destino, la suerte, el sino, sí, sino, si no, ¿qué podemos hacer?, porque el mundo es muy grande, y nuestra voluntad muy chica, no nos queda más que rendirnos.

El individuo se había rendido, rendido ante el destino, no de llegar a tiempo, tarde o temprano a su casa, porque seamos honestos, esa decisión no es totalmente tomada por el individuo, podría pasar que choque la unidad en la que se encuentra y… digamos, muera, o quede hospitalizado y llegue dos, uno, tres… semanas, días, no sé, meses, tal vez, cuatro. Y es que los azares del destino no son azahares para disfrutar olerlos (sin discriminar a los que sean alérgicos, o a los que no disfruten de dichas plantas, o lo que no tengan olfato, y los que me falten [por si acaso]), se ha rendido, decíamos, al silencio, un silencio, que, con muchas ganas querría decir que ha sido concedido por el destino, pero no es así, pues, depende de la voluntad de aquél que ha amado, amado como al prójimo, de hecho, no como, sino, su prójimo.

–Un gusto – da su nombre, pero en ese momento, me he distraído, seguramente más adelante les contaré su identidad – oh, sí, acabo de ver a un par de amigos que no veía hace mucho tiempo, voy de camino a mi casa, espero estés bien.

La selección, no ha sido puesta por el destino tampoco, o, mucho más preciso sería decir que, aunque el destino ha puesto a su voluntad un conjunto finito de oportunidades, o individuos, el que ha escogido no es ninguna casualidad, lo ha escogido porque definitivamente tenía que escogerlo, era su hado, o así quiere creerlo, es reconfortante delegar nuestras acciones, sus efectos y sus responsabilidades a una entidad que no sabemos si exista, pero así como es reconfortante pensar que estamos a cargo, también es reconfortante pensar que no, somos convenencieros, mañosos como dirían de una forma despectiva, peyorativo, como dirían, de una forma menos peyorativa, nos gusta probar la nata del destino, creer que somos sus dueños, así como nos gustó creer, y nos gusta creer, que la mente está separada del cuerpo, como nos gusta creer, que somos una numismática de decisiones (desde ahí ya no es una numismática, pero alegaremos que por objetos de valor relacionados, decimos que *decisión es un objeto de valor)*, sin duda, importantes (o eso queremos creer, imploramos porque sea así [las cosas apuntan a que sí {pero, depende el contexto, claro está}]), esperamos, que seamos influyentes, y pretendemos, que no seamos influenciados, pero solo a veces, porque, el individuo, ahora mismo, quiere pretender que era su destino encontrarse con este chico simpático de ojos penetrantes y mirada extremadamente severa.

Uno pensaría que no es realmente alto, uno pensaría muchas cosas, en realidad, por qué uno pensaría que no es realmente alguien alto, ni siquiera aparece más de la mitad de su cuerpo, un cuerpo, que por cierto, sin afán de ofender, pero con todo el afán de reconocer, es considerablemente lindo, el dueño (¿de verdad somos dueños de nuestro cuerpo?) o al menos, el portador del mismo para no tener que sufrir las aparentemente inexorables correcciones del pendolista (no por talento, sino porque la computadora lo hace), escribano entonces (no precisamente errado porque sí está dando fe de las cosas que está escribiendo y suscitando, pero sesgado [como el humano mismo]), escritor (palabra bastante grande para alguien humilde como yo [pero bastante chica si tomamos la concepción primordial de la palabra {claro, la actual, por supuesto}]), inexorables, lamentablemente, como dije, del desgraciado que las pone.

Sesgada, la opinión del individuo es sesgada, los valles de su cuerpo eran perfectos, su pecho tan celestial, grande y fuerte, de hecho, engañoso, correoso como diría él mismo, aunque el individuo no esté realmente de acuerdo, ¿cómo podría contradecir al portante (o portador [las dos están bien {gracias}])? Un cuerpo, decíamos, o decía él, correoso, con un gradiente en la piel, nabla como usan los que por gusto o disgusto cursaron, conocen, entienden los conceptos del análisis vectorial, un precioso color en su piel como ningún otro, o como cualquier otro, porque todas las pieles son preciosas (intentó defenderse de no discriminar a nadie), pero… pero como no hacerlo, pues al que llevaba esas facciones, lo amó con toda su vida, un amor no romántico, extraño de explicar, pero, ¿cómo podría no amar a quien le salvó la vida?

Y es que la mente es lenta, aunque increíblemente rápida, es buena, pero no tanto, e incluso sorprende, pero lenta, lamentamos de primera instancia todas las contradicciones, incluso esta es una contradicción, porque como puede ver, a estas alturas, ya no podemos decir que es a primera instancia, y la verdad es que quizá tampoco lo lamentamos, pero de verdad, la mente es lenta, lenta en el sentido de que, le puedes contar cosas, pero no entenderá las implicaciones de lo que decimos, y es que como entenderlo, si de alguna forma química, nuestros sentimientos se han disparado, y pretendemos, que con aire, como por arte de magia, intentemos disiparlos, qué mejor que la ejemplificación para dar a entender esto:

Mire, si usted usa lentes, y decide operarse (y puede hacerlo [no solo monetariamente, necesita el permiso del doctor]) dejará de usar lentes, hasta ahora nada nuevo, pero, seguramente por naturaleza, intentará acomodarse los lentes, y es que la ausencia es difícil de asimilar así como la presencia nueva, pero es más notable la primera, a pesar de que pasen los días, de vez en cuando lo seguirá haciendo, de vez en cuando lo hará con un solo dedo apuntando hacia su nariz, de vez en cuando quizá con dos, si es zurdo, entonces de ese lado, si es diestro, no hace falta decirlo, lo mismo con las personas

–Cómo me encantaría poder contarte esto, pero tú ya no estás, ya no nos hablamos – es lo que diría, cuando le ocurre algo pertinente que contar a esa persona que no está, en vez de eso primero sonríe, después, cae en cuenta de la ausencia, alza las cejas, suspira y continua con su vida.

Y eso, es injusto, personas que deben ser adultas solo porque la gente lo dice debe de seguir con su vida a pesar de que le duela el corazón, como dicen de forma romántica, el mundo espera que no nos tomemos un descanso de la perdida de alguien que quisimos mucho, o si se queda corta la palabra, que amamos mucho. Uno ante la perdida quiere sucumbir, quiere acompañarlo, quiere besar por ultima vez, quiere acariciar sus manos de nuevo y sentir su calor, sentir el signo de la vida en alma ajena, verlo sonreír, uno quiere llorar, quiere gritar, o quizá no, quizá quiere callar, porque sabe que por más retahílas de palabras, no serán suficientes para sacar de su sistema, como dicen coloquialmente, aquél dolor, sentimiento si queremos ser más genéricos, aquél padecer, si queremos ser fatalistas, oportunidad dirían los que tratan de encontrar lección por debajo de las piedras de las desgracias humanas. Pues así se siente ese individuo, pero incluso ante la ausencia intentamos reemplazar los vicios por otros similares. Sí, era un cuerpo hermoso, porque los cuerpos deben ser amados, son máquinas preciosas que contienen un alma, que tienen ligada una mente, y su mirada, esa mirada con un bigote chistoso, un precioso bigote chistoso, que luce no mal, pero según muchos, no bien, era la nostalgia, el hermoso sabor de la nostalgia la degustación que necesitaba.

–Está bien, entonces háblame a este número – así fue como comenzó a hablar a él, un William Wilson para su ausencia, aunque esto pasó el 15 de marzo, ya lo había visto antes.

Un par de veces, unos intentos (fallidos) por buscar quien rellenara su vacío que él no podía rellenar.

–Imagino que estudias, ¿los fines estás libre?

–Mi vida es un poco ocupada, pero sí, es una de mis actividades, después de las 6, los sábados, sí.

–¿Qué tantas cosas haces?, ¿te gustaría ir a comer algo?

–Soy estudiante, doy clases a un grupo, trabajo y pues, hago deporte.

No importó que en los detalles no se pareciera, era lo de menos, él no hacía deporte casi nunca, le gustaba caminar, pero lo hacía cerca de aquellos lugares que quedaban literalmente detrás de su casa, un camino enigmático de maleza, subidas y bajadas.

–Aunque… ahora, no tengo mucho dinero, necesito hacer otros gastos, pero, para la próxima, con gusto.

–Pensaba que estabas chaparrito (*como él*), imagino que mañana te levantas temprano.

–Mido 1.80, sí tengo que ir a trabajar a las 8.

–Bueno, en ese caso… descansa

–Pero yo no dije que me iría a dormir ahora.

–Bueno, entonces, ¿algo que quieras saber de mí?

–¿Cuánto mides?, ¿a qué te dedicas?, ¿de dónde eres?

–Igual que tú (*eso en realidad no es tan cierto*) bueno soy… bueno, hago básicamente exceles para empresas.

–Wow, muchas felicidades, qué bien.

–Muchas gracias, pensé que me gustaría más, o que sería más emocionante, pero, lo que me han dejado es particularmente tedioso, no me voy porque no pagan mal y tengo mucho tiempo libre, háblame más de qué haces, por cierto, si no te molesta, podríamos ir por una bebida mañana, yo invito, ya cuando puedas tú.

–¿No te molesta?

–¿Por qué lo haría?, Entiendo que no siempre se puede, pero creo firmemente que no siempre hay que hacer 50 50, a veces toca 70 30, 60 40, y tienes cara de ser alguien responsable.

–No lo sé, y sí… diría que sí lo soy, pero, ahora sí tengo que dormir, vayamos mañana.

El individuo llegó a una estación, decidió bajar, aunque, era mucho más seguro irse hasta la terminal y tomar un taxi, el camino era más corto y barato desde esa estación, el frío de la noche ya no parecía un compañero inhóspito, se fue caminando, alegre otra vez, y fue peligroso, en efecto, las luminarias no fueron las mejores ni se prendieron como debían, pero no pasó nada, tuvo suerte, el destino, pensó.

*El destino, me ha dado otra oportunidad… no cometeré los mismos errores.*

# Primer nombre

# Primer nombre

Lo conocí en realidad por una de esas apps que parecen hacerte la vida más fácil, se veía como él, naturalmente no lo pensé dos veces, increíblemente

.